

¡MEJOR HABERSE QUEDADO OBSOLETA!

Seguimos con la serie de artículos sobre cómo es el día a día en cualquier biblioteca. Si en el número anterior de Mi Biblioteca se trataban aspectos relacionados con los cursos de formación del bibliotecario (o de la bibliotecaria en este caso), hoy continuamos con las consecuencias colaterales de la realización de esos cursos, tanto a nivel personal como profesional. ¿Habría sido mejor haberse quedado obsoleta?

Querid@s compañer@s del metal, ¿quién me mandaría a mi reciclarme en cuestiones de comunicación? (La conce, claro). ¡Con lo bien que hubiera estado yo, toda obsoleta! ¡Caro me ha salido, desde luego!... Y ya no hay curso ni coach que salve esta situación.

Ahora no solo es tensa la relación que mantengo con la conce, y la existente (o inexistente) entre mis usuarios y yo, sino que mis compañer@s, desde que escribo, ya no me dirigen la palabra. Y por si esto no fuera bastante... ¡éramos pocos y parió la abuela! Ahora se ha subido al carro de la incomunicación mi espeso. Antes de darse un punto en la boca (lleva días sin hablarme), me dijo de todo menos bonita: que no estoy bien... y que lo que pasó en el curso de formación es una deformación de las mías... Que es, vergonzoso no, lo siguiente... Que es patológico... Que debo consultarlo... Que me cambie ya la medicación el doctor, que está claro que desde que me receta el “Amiplín”, digo, el Lexatín, a mi todo me la refanfinfla... Y que, por supuesto, debo disculparme, pedir perdón y hasta confesarme... Que como he hecho un ridículo supino en el trabajo, no tendría que tener reparos en que el asunto llegara a las más altas instancias (es que mi espeso es muy de ley, de protocolos y fustigamientos).

O sea que, siguiendo sus indicaciones, primero, como medida de urgencia, debería consultárselo al psiquiatra y, consecuentemente, olvidarme de la visa durante una buena temporada (me pierdo las rebajas seguro). Segundo, para ser políticamente correcta, debería disculparme ante el Señor Alcalde y todo el séquito de concejales, a poder ser en pleno municipal. Y, por último, aunque no menos importante porque sana el alma, confesarme con el párroco. ¡Ante las fuerzas vivas del pueblo! Menos mal que me lo pide desde el respeto y el cariño.

“¡Pues no me faltaba a mí más! ¡Si quieres lo público también en el BOE, cariño!” –le respondí en tono desafiante.

“Pero ¿tú crees que, a estas alturas, alguien va a descubrir que fui yo quien tiró el diploma de papel verjurado por el retrete, produciendo ese atasco histórico y monumental, y la consecuente inundación? El diplomilla se hundió cual barquito de papel, hombre, no seas iluso” –le dije tratando de tranquilizarle.

A lo que él me replico: “Ya, pero no es sólo por eso”.

“¿Ah, no? ¿Y entonces por qué más es? ¡Ahora no empieces con lo de la celulitis y que si estoy vieju-



na y demás! ¡Mira, mejor no digas nada! ¡Cállate, anda, cállate! –le digo dándole una colleja.

Hoy me toca despacho, para hacer gestiones telefónicas. Gozo de este privilegio una vez cada... no sé, cada mucho. Me conformaré con comunicarme con los usuarios, aunque sea para reclamar préstamos sobrepasados a los más morosos.

Y va el tío, haciendo caso omiso de mi recomendación, y me dice que mientras no me retracte, no me va a hablar (como si eso fuera un castigo). Y, que si es necesario, tendrá que tomar otras medidas. Que ya le ha pedido cita al abogado (es muy de ley).



De pronto he caído en lo que me está planteando. ¡La madre que lo parió! Nunca imaginé que mi trabajo en la biblioteca, y el cursito de las narices, o de la comunicación, fuera a ser motivo de incomunicación, con divorcio incluido. ¡Si lo sé me quedo obsoleta!

“¡Mira! ¡Escúchame! –le digo alzando el tono de voz. Yo también te lo voy a decir desde el cariño y con respeto: no llevo yo pasadas noches de insomnio por tus ronquidos, y bochornos por tus huracanadas tripas, ya sean en privado o en la vía pública... ni tardes de aburrimiento por tus investigaciones y experimentos en pro de un futuro descubrimiento que nunca llega a ver la luz... ni fines de semana dedicados a escuchar tus conferencias y discursitos infumables, como para que me vengas ahora con ultimátums de este tipo. Además, qué te piensas, que yo soy la única que sufre la celulitis y el paso de los años??? Tú tienes chepa y no me quejo. Si quieres que nos divorciemos, firmamos ipso facto (yo también soy de ley, de leyes y de latines). Y, si se te antoja, vas tú al psiquiatra, al Alcalde y al cura, y les cuentas lo que te dé la gana. Pero yo, por ahí no paso”. A lo que añadí: “¡Habla ahora o calla para siempre!”.

Enzarzada en la conversación y saboreando las mieles de la comunicación, de pronto, veo por la ventana del despacho a uno de mis OSOarios más depredadores.

Observo que, mientras en una mano lleva el cuerpo del delito, es decir, la revista Mi Biblioteca, con la otra hace aspavientos y gesticula histriónicamente.

Han pasado quince días y mi espeso sigue sin decir ni pío. El muy esquirolo se ha unido a mi jefa, que solo me da órdenes por email, a mis compañer@s, que van hasta de puntillas, para no cruzarse en mi camino y no ser (des)dibujados por mi lengua viperina, y a mis usuari@s que, últimamente, leen más libros que Deleu, y, claro, mientras leen, callan. En fin, qué le voy a hacer, seguiremos así, sufriendolas en silencio, las relaciones y todo lo demás.

Hoy me toca despacho, para hacer gestiones telefónicas. Gozo de este privilegio una vez cada... no sé, cada mucho. Me conformaré con comunicarme con los usuarios, aunque sea para reclamar préstamos sobrepasados a los más morosos. También contactaré con los comerciales más brasas, con los

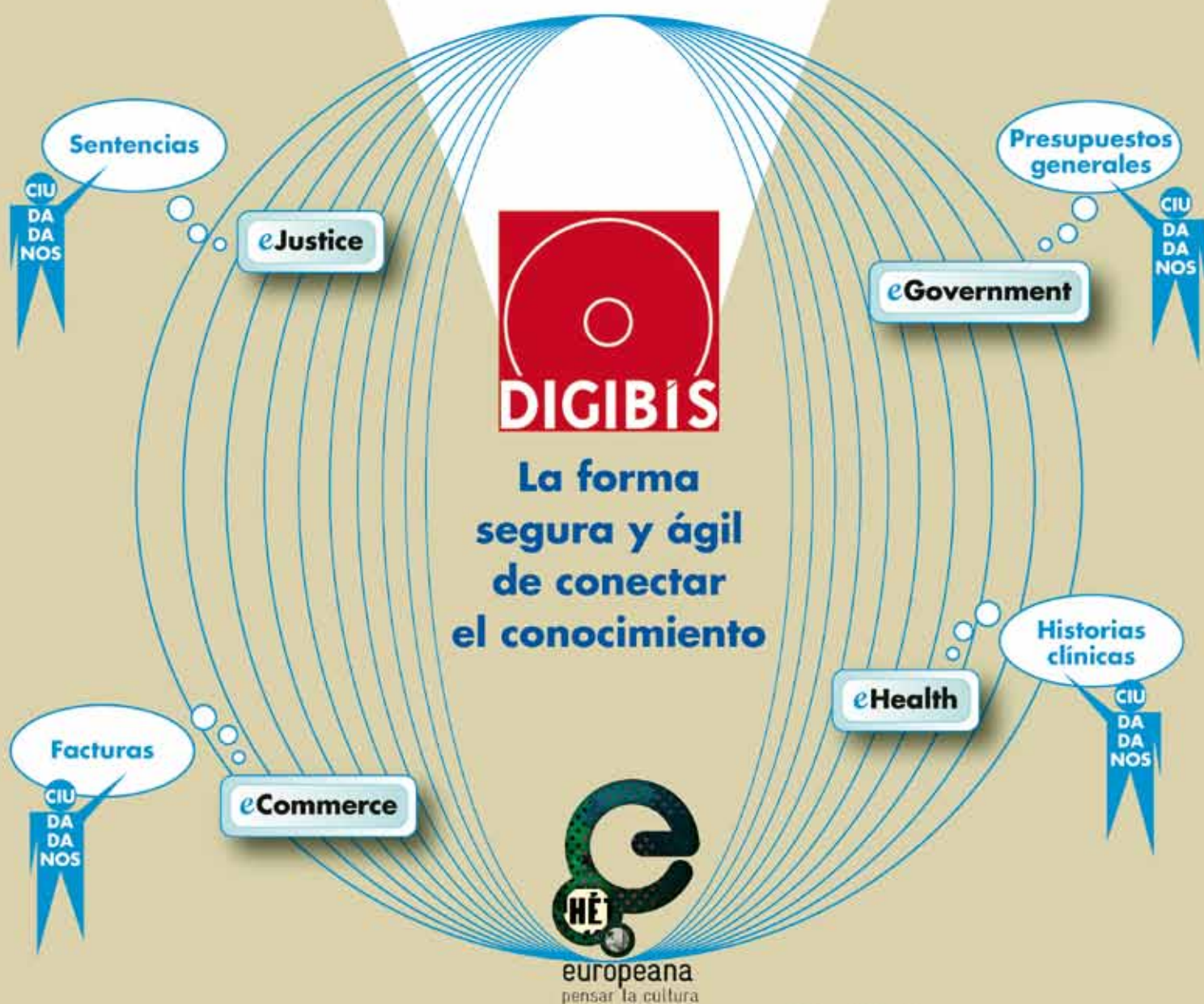
LINKED OPEN DATA

Imprescindible para la futura recolección en Europea

Mediante **RDF** y **URI**:

Aumenta el intercambio global de los datos de las Bibliotecas, Archivos y Museos en la Web

Permite a las instituciones sociales, a través de las Webs de sus Centros de Documentación, interoperar entre sí y con los ciudadanos



www.digibis.com

técnicos de mantenimiento, con los informáticos del ayuntamiento, etc.

“Sí, buenos días. ¿Es Pedrito el quiosquero, el más famoso porrero, digo, motero? (tiene fama de fumarse hasta las revistas). Soy la bibliotecaria. Es que no nos ha llegado la revista *National Geographic*. El número sobre animales depredadores”.

“Discúlpeme, señora, pero según consta en nuestros archivos (está fumado seguro), ya se la enviaremos tiempo ha (fumadísimo)”.

Enzarzada en la conversación y saboreando las mieles de la comunicación, de pronto, veo por la ventana del despacho a uno de mis OSOarios más depredadores. Observo que, mientras en una mano lleva el cuerpo del delito, es decir, la revista *Mi Biblioteca*, con la otra hace aspavientos y gesticula histriónicamente. Éste no solo se ha identificado, sino que me ha descubierto y, lo que es peor, me va a aplaudir la cara. Ahora soy yo la que se ha quedado blanca, demudada, sin palabras. Al otro lado del auricular Pedrito me grita: “¿Oiga, oiga, señora?” En esto que yo, traicionada por el subconsciente y, pensando en el que tengo en frente, al otro lado de la puerta, y no en el porrero-motero, al otro lado del hilo telefónico, digo: “Si no me la da por las buenas voy a tener que arrancársela y hacerla pedazos”. De pronto oigo que me susurran al oído: “¡No, no se altere, señorita, que ahora mismo le envío un nuevo ejemplar para que a usted no le falten sus animalitos depredadores!”.

*Al salir de la biblioteca
me he pasado por El
Corte Inglés y he quemado
la tarjeta de crédito:
sombras de ojos, coloretes
y un gloss rojo que te
cojo. Minifaldas bravas y
zapatos tipo la Leti (yo del
andamio ya no me bajo).*

Con el auricular pegado a la oreja, oyendo el pi-pi-pi de fondo, y cayéndoseme la baba mientras consigo desenchajarme la mandíbula, observo que el otro depredador, es decir, el usuario entorillado, deja de batir sus alas y merodear por los alrededores sin desplegar las garras sobre su presa (yo). ¡Uf, de la que me he librado! Respiro profundamente. Pero, en esto que, alguien llama a la puerta. Me pongo en guardia de nuevo. Adopto posición de defensa: esti-



ro el cuello y enseño dientes. Abro la puerta y, antes de que me dé lugar a ver a nadie, disparo rápido y en tono chulesco: “¡Sí!... ¿qué pasa, algo que objetar?”. “¡No, señora. Negativo! –me dice el conserje– es para entregarle esta revista, de parte de Pedrito, que tenía mucha prisa y no ha podido entretenerse en saludarla”.

¡Qué bochorno! Me he acercado a la sala y le he preguntado a mi compañero (aunque intuía que no iba a responderme) si sabía algo acerca del susodicho usuario de la revista y su extraña actitud. Me ha mirado, como si la extraña fuera yo, y ha guardado silencio. Al cabo de un rato, incumpliendo la ley del silencio, me ha preguntado que por qué, y le he descrito la escena.

(Como dándole ideas): “No sé, igual es que algún artículo de la revista no le ha gustado o le ha resultado inapropiado. Digo. No por nada”.

(A lo que me responde, contundente): “No, si la revista no la lee, solo la coge para hacerse el interesante”.

(Continúo): “... el interesante, ¿con quién?”.

(Vuelve a guardar silencio): “Prefiero no hablar”.

(Negociándolo como Dios manda): “Hombre, ya que has roto el silencio... Te juro que no voy a escribir sobre ello”.

(Mirando a un lado y otro, en tono bajito): “Me ha preguntado si estás casada”.

(Yo, con cara de quinceañera, entre asombrada y tontorronamente feliz): “¿Y tú qué le has dicho, tontín?”

(Sabíéndose seguro de su acierto): “Pues que sí, que estás felizmente casada, y con una de las mentes más privilegiadas de este país y de parte del extranjero”.

(No dando crédito): “¿Quééééé?” (Sabrá cada uno

lo que tiene en casa).
 (No dando crédito mi compañero): (Silencio absoluto).
 (Sentenciando yo): “¡Mira, bonito, la próxima vez te callas, que estarás más guapo!”.
 (Insistiendo el tío): “Es que yo...”.
 (Poniendo yo punto y final): “Es que tú, nada”.

Salgo del mostrador dando voces: “¡No te digo!”. Mientras que él me sigue los pasos, chistándome para que no me oigan los usuarios: “Calla, calla, mujer, que te van a oír y yo voy a quedar como un bocachancla”. Y yo, como quien oye llover: “¡Vamos, hombre, para una vez que una liga y tiene un motivo de alegría en la vida...! Pues no es nada venir a trabajar contenta como unas castañuelas porque sabes que tienes tu público, y a unos fans incondicionales, que sin conocerte te quieren, te admiran y te aplauden... ¡A ver si te piensas que a los taitantos, y con los papeles del divorcio sobre la mesa, estas ocasiones se presentan todos los días!”. Y él: “¡Que sí, que sí!” (siguiéndome la corriente como a los locos). Y yo: “¡No, hijo, no! Este ha sido un punto de inflexión en mi vida. Y, a partir de mañana, ya verás”.

*Estoy cantando eso de
 “¡Toma, que toma, que
 toma... qué guapa soy, qué
 tipo tengo...!”*

Al salir de la biblioteca me he pasado por El Corte Inglés y he quemado la tarjeta de crédito: sombras de ojos, coloretes y un gloss rojo que te cojo. Minifaldas bravas y zapatos tipo la Leti (yo del andamio ya no me bajo). Y lo mejor, una docena de bragas fresquitas, de las de encajes. ¡Adiós a las cristianas de cuello vuelto!

Ya es mañana. Mientras mi espeso ronca, me preparo, no me falta de na, voy hecha un pimpollo.

Estoy cantando eso de “¡Toma, que toma, que toma... qué guapa soy, qué tipo tengo...!”. En esto que mi espeso deja de roncar, abre el ojo y rompiendo su pacto de silencio me dice: “¡Caramba! ¿Dónde vas con ese modelito, cari?”. A lo que yo le he respondido: “Voy a la biblioteca. Ah, y este modelo no es para ti, es para



mis usuarios. A ti te reservo los rulos, la bata guatiné y las zapatillas de brasero”.

Llego a la biblioteca, compuesta y sin novio, y me dice mi compañero que el usuario de ayer está esperando para que le demos de baja... que se va a ir a la biblioteca de Caja Madrid, que allí hay gente menos rara. Y, claro, yo le he dicho (me guiña un ojo) que ayer es que se nos coló una loca...

(Guiñándole yo también un ojo y hablándole bajito al oído): “Oye, dile al usuario y a la loca esa (gritándole ahora) ¡Que de aquí no se da de baja ni Dios!”. ▴

AUTORA: Ramos, Susana.

FOTOGRAFÍAS: Ramos, Susana.

TÍTULO: ¡Mejor haberse quedado *obsoleta!*

RESUMEN: Tras contarnos en el número anterior de *Mi Biblioteca* cómo eran de inofensivos los cursos de formación de bibliotecarios, Susana Ramos nos describe en esta segunda parte del artículo cuáles han sido las consecuencias de haber realizado un curso de formación para reciclarse en el trabajo. No solo en su casa, con su espeso, sino también en el trabajo, donde corre el peligro de que alguien la descubra por sus textos sobre la vida diaria en la biblioteca.

MATERIAS: Bibliotecas Públicas / Formación de Bibliotecarios / Usuarios de Bibliotecas.